

rra, sino un reino del cielo (1); no es el reino del hombre, sino el reino de Dios (2). Este Hombre, pues, es Rey, es Salvador, y este Salvador es Dios. Porque *ved ahí el Hombre, ved ahí el Rey de los judíos*, quiere decir: VED AHÍ EL HOMBRE-DIOS. Esta doctrina, de que *Jesucristo es verdadero Dios y verdadero Hombre*, es la doctrina verdadera, la verdadera fe, la fe divina, la fe santa y la fe pura que nos justifica y nos salva (3). Ella contiene todo el Cristianismo; ella es su fundamento y su base, su compendio y su símbolo. ¡Y cuánto no debemos admirar los designios de Dios, que quiso que una doctrina tan preciosa y tan importante, que un Evangelio tan verdadero y tan consolador fuese escrito en grandes caracteres y en las lenguas más conocidas y más usadas entonces, sobre el madero de la cruz!

Esta inscripción, colocada sobre la cabeza del Hijo, sirve para hacer comprender mejor la importancia y la grandeza de las palabras pronunciadas relativamente á la Madre. Porque si Jesucristo es el Hombre perfecto, María es la Mujer perfecta, la Mujer por excelencia, la Mujer grande, la Mujer en un sentido absoluto, supuesto que Jesucristo la llama la *Mujer*, sin otro título (4), así como Jesucristo es el *Hombre*, sin

(1) Regnum meum non est de hoc mundo. (*Joan.*, xviii, 36.)

(2) Regnavit a ligno Deus.

(3) Est fides recta, ut credamus et confiteamur, quia Dominus noster Jesus Christus Dei Filius, Deus et Homo es. (*Symbol. S. Athan.*)

(4) Mulier. (*Joan.*, xix, 26.)

otra calificación (1); la Mujer sola bendita entre todas las mujeres, sola libre del pecado, y llena de gracia y de santidad (2). Mujer simplemente, y por lo mismo Reina, es decir, Corredentora, así como Jesucristo es Rey, es decir, Redentor. Virgen y Madre, como Jesucristo es Hombre y Dios. Verdadera Eva, como Jesucristo es verdadero Adán. Verdadera Eva, porque la primera Eva dió á luz sus hijos para la tierra, y María para el cielo; aquélla para el cuerpo, y Esta para el espíritu; la primera para el tiempo, y la segunda para la eternidad. María, por consiguiente, como dice San Epifanio, es, en un sentido propio, literal, completo y perfecto; la Madre de los vivientes (3).

Cuando Jesucristo designó á María con estas breves palabras: HE AHÍ TU MADRE, es como si hubiera dicho. Fieles, hijos de mis llagas y de mi sangre, después de haber reconocido en mí el Padre que os ha engendrado, reconoced también en María la Madre por cuyo medio habéis sido engendrados. Al confesar y al reconocer en mí la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana en una sola persona, reconoced también en Ella la unión de la virginidad y la maternidad. El segundo de estos dogmas no es menos importante que el primero; los dos se unen y se armonizan entre sí. Si yo no fuera verdadero Hombre, no

(1) Ecce Homo. (*Ibid.*, 4.)

(2) *Mulier*: benedicta in mulieribus; gratia plena...

(3) Beata Virgo est Mater viventium, non temporali, sed spiritali et æterna vita in cœlo. (*S. Epiphani.*)

podría sufrir por el hombre; y si no fuera Dios, no podría dar á Dios una satisfacción cumplida y reconciliarlos con El. Mas yo no sería Dios si María no fuera Virgen, ni sería verdadero Hombre si Ella no fuese mi verdadera Madre. Como Hombre y Dios, soy el verdadero Salvador de los hombres. Como Virgen y Madre, Ella es la Madre de Dios, y por lo mismo la Madre de los hombres. Ved ahí, pues, esa Madre, á la que, después de mí, debéis todo cuanto sois y todo cuanto tenéis en el orden de la salvación (1). Ved ahí vuestra verdadera Madre; reconocedla en el cariño con que os tiene á todos presentes, en la ternura con que os acoge en su corazón, en los tormentos atroces que ha sufrido para daros á luz y volveros á la vida en mi muerte. Ved ahí esa Madre heroica, esa Madre magnánima, esa Madre santa, pura y bendita; esa Madre llena de ternura, de celo y de cuidado; esa Madre excelente, esa Madre sublime, esa Madre perfecta.

Finalmente, para que nada falte á las lecciones de la cruz, si las palabras que Jesucristo dirigió á María nos enseñan lo que debemos creer, las que dijo á San Juan nos enseñan lo que debemos hacer. Porque al decir Jesucristo de San Juan: HE AHÍ TU HIJO, después de haber dicho de María: HE AHÍ TU MADRE, quiso indicar los deberes filiales con respecto á María, así como había indicado los privilegios y la grandeza de su Madre.

(1) Ecce Mater tua. (*Joan.*, XIX, 27.)

Aun cuando Jesucristo, al morir por todos los hombres, los regenerase á todos, y sea, por lo mismo, el Padre verdadero de todos, sin embargo, no todos los hombres son en realidad sus discípulos ni sus hijos, nacidos de su muerte. De la misma manera, aunque María, al sufrir por todos los hombres, los haya dado á luz y sea la Madre de todos, sin embargo, no todos son en realidad sus hijos, nacidos de sus dolores. Se necesitan indispensablemente ciertas condiciones para participar del beneficio de este doble nacimiento, para ser admitido en este santo parentesco, en esta augusta familia, para ser el verdadero discípulo de Jesucristo, el verdadero hijo de María. ¿Y queréis saber cuáles son estas condiciones? añade Jesucristo desde lo alto de la cruz. Mirad á Juan; él es el modelo, el ejemplo, el tipo de mis verdaderos discípulos y de los verdaderos hijos de María (1). Tenemos, por consiguiente, en el Calvario, ejemplos y modelos de toda clase de perfección. ¿Queremos conocer al Hombre verdadero, al Hombre padre, al Hombre rey, que tiene entrañas de verdadera ternura para con la humanidad? Miremos á Jesucristo, que da su vida por unos ingratos, que se sacrifica por unos viles esclavos (2). ¿Queremos saber cuál es nuestra verdadera Madre? Miremos á María, que sacrifica el Hijo más amado para salvar á los hijos más necesitados (3). ¿Deseamos también co-

(1) Ecce filius tuus. (*Joan.*, XIX, 26.)

(2) Ecce Homo, ecce Rex. (*Ibid.*, 5, 15.)

(3) Ecce Mater. (*Ibid.*, 27.)

nocer cuál es el verdadero discípulo de Jesús y el verdadero hijo de María? Miremos á San Juan, de corazón puro, de alma fuerte, de afectos tiernos, inseparable de Jesús y de María; él asiste á la muerte de Aquel y á las angustias de Esta, para aplicarse el fruto de ellas (1). Si, pues, Jesucristo expresa en sí mismo la perfección del hombre, si El es el Hombre por excelencia (2), si María expresa la perfección de la Madre, si Ella es la Madre por excelencia (3), San Juan expresa la perfección de los hijos; él es por excelencia el discípulo de Jesucristo (4) y el hijo de María (5).

¡Oh Hombre! ¡Oh Madre! ¡Oh Hijo! ¡Quién me diera que estas preciosas palabras, *He ahí el Hombre, he ahí la Madre, he ahí el Hijo*, resonasen continuamente en mis oídos, estuviesen siempre ante mis ojos, y quedasen grabadas eternamente en mi corazón, á fin de que yo me consumiese en reconocimiento y en amor por tal Hombre y por tal Madre, retratando en mi conducta la virtud de tal Hijo! Yo me diría entonces á mi mismo: ¡HE AQUÍ EL HOMBRE, HE AQUÍ EL REY! He aquí el Hombre-Dios, el Rey dulce y pacífico, pues que reina por el amor; pero el Rey poderoso y fuerte, que, cuando quiere, lo atrae todo á sí. Reinad también, ¡oh Señor y Dios mío, en mi espíritu y en mi co-

(1) Ecce filius. (*Joan.*, 26.)

(2) Ecce Homo. (*Ibid.*, xix, 5.)

(3) Ecce Mater. (*Ibid.*, 27.)

(4) Discipulus ille quem diligebat Jesus. (*Ibid.*, 7.)

(5) Ecce filius tuus. (*Ibid.*, 26.)

razón, reinad sobre las ruinas de mis malos hábitos y de mis pecados, reinad en mí por vuestra gracia, por vuestra misericordia y por vuestro amor.

Y si mi pensamiento se aterraba á vista del Hijo de Dios, de Dios mismo, yo me diría: HE AQUÍ Á JESÚS DE NAZARET, HE AQUÍ EL HOMBRE; es decir, el Dios-Hombre, el Dios revestido de la misma naturaleza que yo, de la misma carne, de las mismas miserias, para poder compadecerse de mis enfermedades, el Dios hijo del hombre, para salvar al hombre. Yo me acercaría, pues, sin temor, yo le hablaría con confianza y con familiaridad como á un igual, yo le invocaría con amor, yo trataría con El del gran negocio de mi salvación, del gran negocio por el cual El vivió y murió como hombre (1).

Si, á pesar de la naturaleza humana, me intimida en El la naturaleza divina; si, á pesar de su cualidad de Redentor, su cualidad de Juez me hace temblar ante un Dios cuyas leyes he violado, ante un Juez cuya justicia he provocado, para no desesperarme, para no dejarme abatir, me acordaré de que ante este Hombre-Dios tengo una Madre (2), una Madre verdadera, una Madre que me dió á luz en medio de tantos tormentos, y que no quiere que el fruto de tantas angustias, de tanto dolor y de tanto amor se pierda para mí; una Madre de misericordia, de bondad y de dul-

(1) Ecce Deus Salvator meus, fiducialiter agam, et non timebo. (*Is.*, xii, 2.)

(2) Ecce Mater. (*Joan.*, xix, 27.)

zura, que desea mi salvación mucho más que yo mismo; una Madre cuya protección, cuya intercesión y cuyo auxilio, cuyo corazón y cuyo amor son para mí una defensa segura contra la cólera divina, y un medio seguro de desarmarla. Ved ahí esa tierna Madre al pie de la cruz de su divino Hijo. ¡Oh! ¡Cuán dulce es su mirada, cuán compasivo es su semblante, cuán grande es su alma, y cuán lleno de ternura está su corazón! En este asilo, en este lugar de refugio, la cólera de Dios, que yo he provocado con mis pecados, no podrá llegar hasta mí; Ella me facilitará la entrada en el corazón de su Hijo, y me hará recobrar su gracia y su amor. Ved aquí la Madre en cuyas manos debo abandonar mi suerte, y cuya benevolencia y cuya bondad debo cultivar.

Yo me diré también á mí mismo: He aquí á Juan, este hijo ejemplar, este hijo modelo, por cuyas pisadas es necesario que yo camine para llegar á la posesión de la gracia del Hombre-Dios, y del amor de su Madre. Yo velaré cuidadosamente, á ejemplo de San Juan, sobre la pureza de mi cuerpo, sobre la de mi espíritu y sobre la de mi corazón; yo alejaré de mí todas las acciones y todas las ocasiones que puedan comprometer para mí esta pureza, la más frágil, la más delicada y la más preciosa de todas las virtudes; aquella por la que María se mostraba más cuidadosa que por todas las demás, aquella por la que San Juan agradó á Jesucristo, y la única, por consiguiente, que podrá hacerme agradable á Jesús y á María.

A ejemplo de San Juan, no temeré los peligros, las persecuciones, el odio, los improperios ni los sarcasmos del mundo para seguir á Jesús al Calvario. Yo no me avergonzaré de la ignominia de la cruz de mi Salvador; yo me gloriaré en ella, y la miraré como un beneficio y un bien exclusivo; yo me crearé demasiado honrado en colocarme junto á ella y en participar de sus oprobios, para alcanzar la salvación, la resurrección y la vida, que proceden de este árbol precioso (1).

A ejemplo de San Juan, amaré á Jesús y á María sobre todo lo demás. Yo les consagraré mis afectos, mi corazón, mi vida y todo mi ser. Yo permaneceré siempre en el Calvario en su compañía, para meditar sus padecimientos, para admirar su amor y obtener su gracia. Todo cuanto yo tenga de más amado y de más precioso será de María (2). Dichoso yo entonces, porque podrá decirse de mí: Ved aquí el discípulo amado de Jesucristo (3), ved aquí el verdadero hijo de María (4); y si pertenezco al número de sus verdaderos hijos en la tierra, perteneceré también al de sus dichosos herederos en el cielo. Así sea.

(1) Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu-christi, in quo est salus, et resurrectio nostra. (*Galat.*, vi, 14.)

(2) Accepit eam Discipulus in sua. (*Joan.*, xix, 27.)

(3) Discipulus ille quem diligebat Jesus. (*Ibid.*, 7.)

(4) Ecce filius tuus. (*Ibid.*, 27.)